

LITERATURA

Jorge Luis Borges está en lugar destacado en la historia de la literatura castellana desde mucho antes de que muriera. De su vasta producción, quizás sea lo mejor su obra poética. Muchos de sus poemas son más profundos y originales que sus conocidísimas invenciones narrativas.

Borges pasó por ser aún más reaccionario de lo que en realidad era. La causa de tal fama se debe a sus declaraciones a periodistas, críticos literarios o estudiantes, ante los que gustaba aparecer como un viejito intolerante y retrógrado: exageraba su conservadurismo y su anticomunismo hasta límites de humor negro totalmente descabellados. Buscaba el escándalo en la caricatura para difuminar su natural conservadurismo, y aunque apoyó a muchos dictadores, como a Pinochet, siempre odió al general Perón, que le sacó de la Biblioteca Nacional para nombrarle inspector de mercados, a él, que estaba ya casi ciego. En su descargo, debe consignarse que, aunque tarde, acabó maldiciendo a la dictadura militar que tantos horrores causó en Argentina.

Su anticomunismo parecía ser visceral, no siempre lo fue. En su juventud, junto a escarceos ultraístas y textos presuntamente eróticos, parecen escritos que han sido tildados de prosoviéticos, creo que exageradamente. Se sabe que destruyó un libro, escrito en Mallorca, que iba a titularse *Salmos rojos*. Los poemas sobre la revolución rusa que se conservan, y que luego se comentan, muestran a un Borges a remolque de las modas y temas literarios; y cantar al ejército y al pueblo soviético empezaba a estar de moda, una moda que había de durar cerca de setenta años.

La decisión de Borges de excluir de su obra los escritos de esa época, es loable y prudente: su calidad, más que su temática, resulta muy mediocre, de corto vuelo; él consideraba estos escritos como «pecados de juventud», pero más que pecados son precipitaciones, yerros, ingenuidades.

Algunos de tales textos escaparon del fuego inquisitorial al que fueron condenados posteriormente por Borges. Habían aparecido en diversas revistas minoritarias españolas, entre los años 1919 y 1922. El crítico peruano Carlos Meneses reunió buena parte de ellos, y los publicó en 1978. No es solamente influencia ultraísta lo que en tales escritos aparece, sino entusiasmo por temas que desconocía, como revolución y sexo. Posteriormente, recordar sus años mozos en Madrid y, sobre todo, en Palma de Mallorca, no le resultaba muy grato a Borges ya que fueron tiempos y escenarios de la «perpetración» de sus «pecados de juventud».

El ultraísmo era una mixtura de ideas provenientes del dadaísmo, del surrealismo del futurismo, del expresionismo y de otros movimientos vanguardistas europeos de aquella época, que varios alevines

de escritor utilizaron como trampolín para darse a conocer, más que por otra cosa. El joven Borges firmó varios manifestos ultraístas, de los que abominó, en Argentina, cuando publicó su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, en 1923, aunque siguió tratando a sus compañeros de aventura Rafael Caninos-Asséns y, más turbulentamente, a Guillermo de Torre, a los que dejó en dique seco.

Es muy posible que el miedo que el amor físico producía en Borges, ya en su adolescencia y que luego él manifestó como desinterés o incapacidad, a fin de velar sus frustraciones, le empujase a tratar temas escabrosos, como su texto en prosa *Casa Elena* aparecido en la revista *Ultra*, de Madrid, en 1921: confusa disquisición sobre su conocido burdel mallorquín que, al parecer, frecuentó con sus amigos isleños, texto que Borges subtítulo *Hacia una estética del lupanar en España*; ingenuidad, grandilocuencia y erotismo descafeinado. Un resultado lamentable y triste.

Vale la pena reseñar ahora algunos de los «poemas rojos» que Carlos Meneses logró reunir,

investigando en publicaciones de la época. Son, seguramente, restos del libro *Salmos rojos*, que Borges destruyó, como queda escrito. Y son penosísimos, como se verá.

Rusia (1929), quiere resultar atrevido. Para ello, ofrece frases como «la trinchera avanzada en la estepa», «la vocinglería de las torres del Kremlin», o «las bayonetas que portan en la punta las mañanitas», que intentan hacer sentir una emoción revolucionaria empleando imágenes paisajísticas, ni siquiera pinceladas de una ideología revolucionaria que, afortunadamente, para él desconocía: se hubiera horrorizado.

Gesta maximalista (1921), habla de «barricadas que cicatrizan las plazas», de un «ejército de fresca arboladura/ de surtidores-bayonetas», que pasa como «el candelabro de los mil y un falos», y de «la hirsuta muchedumbre».

En *Guardia Roja* (1921), aparece «el villorio incendiado», «la estepa rendida» y, como colofón heroico, surgen «las hordas de luces», expresión más propia de un mediocre crítico de pintura que de un aspirante a escritor. Y peor van las cosas en *Ultimo rojo sol* (1921) que de rojo sólo tiene el título, y de poético casi

nada: un edificio «está a media asta» y el poniente «tiraniza la calle»...

Los poemas son francamente mediocres, y nos parecen pésimos si pensamos en la calidad literaria que muy pronto alcanzó su autor. Era tal el horror que a Borges le causaba pensar que anduviesen esos «pecados» por ahí, y que alguien pudiese volver a leerlos que, en 1980, en un viaje que realizó a Palma de Mallorca, protagonizó el siguiente suceso: en una librería de Palma alguien puso en sus manos la compilación de sus poemas juveniles hecha por Carlos Meneses; Borges ordenó a María Kodama, entonces sólo su secretaria y aún no su esposa, que rompiera inmediatamente el libro; al decirle ella que en la portada aparecía una buena foto del Borges juvenil, le respondió que conservara la portada, pero que destruyera el volumen.

Pienso ahora en Borges, en su persona. Le conocí en Buenos Aires mediados los años sesenta. Fui a verle a la Biblioteca Nacional, en la calle Méjico, para decirle que me gustaría recoger, en una selección antológica, su obra en verso, pues por entonces era muy poco conocida en España. Parecido extrañado, pero también halagado, por mi interés por su obra poética, que él tenía en alto aprecio pese a que también en Argentina era, por entonces, escasamente divulgada. Consiguí para mí un ejemplar de *Cuaderno San Martín*, y en posteriores encuentros me ayudó con entusiasmo a confeccionar sus *Poemas escogidos*, que publicó la «Colección Ocnos», en Barcelona, en 1972. Ni

entonces ni después me habló nunca de su obra anterior a *Fervor de Buenos Aires*, aunque sí solía referirse, de pasada y despectivamente, al ultraísmo, pero lo hacía como si fuese algo ajeno a él y a su obra. Y no salió el tema de sus fobias políticas, tal como me habían vaticinado mis amigos bonaerenses, a los que las continuas declaraciones reaccionarias y ultramontanas de Borges sacaban de quicio.

Con seguridad que el rechazo de sus primeros balbuceos como escritor fue una decisión muy meditada. Algo así como un total borrón y cuenta nueva. Entre otras cosas, ya formado como escritor, ya en camino de ser un clásico intemporal, le horrorizaba haber seguido una moda pasajera, haber tratado alegremente un tema que desconocía, el de la revolución rusa, o haber hecho una lamentable incursión en el mundo del erotismo y del sexo.

Conocer esa obra primeriza de Borges, no disminuye en nada si mi admiración por su obra, por su obra definitiva. Tampoco yo incluiría ni uno de esos textos en la producción completa de uno de los mejores escritores de este siglo.

TRIBUNA | JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

El joven Borges

El autor rompe la imagen de uno de los nombres más importantes de la literatura castellana: la del poeta Jorge Luis Borges



Una imagen del poeta mexicano Jorge Luis Borges.

ROGELIO CUELLAR